

REHACIENDO SABERES

...tanto el marxista hipotético como la objeción psicoanalítica formularían la acusación de que la teoría que he presentado carece de principio de realidad. Pero, desde luego, esa acusación es engañosa, porque no está claro que el principio que gobierna esta realidad sea necesario, ni si otros principios de realidad se podrían *inventar*, como si dijéramos, ni si estos principios contraintuitivos forman parte de las fantasías culturales que finalmente vienen a constituir nuevas organizaciones de la realidad. No tengo claro que la realidad sea algo establecido de una vez por todas, y haríamos bien en instar a la especulación sobre la relación dinámica entre fantasía y la realización de nuevas realidades sociales. (Judith Butler. Variaciones sobre Sexo y Género, 1987).

Un punto de vista alternativo sobre las relaciones madre hija

LA RECONSTRUCCION

Presentación

Mi encuentro con el tema que hoy me ocupa, no es exclusiva o prioritariamente intelectual: constituye ante todo, un modo de encarar el reto de la integridad personal desde mi condición femenina y de madre de dos hijas mujeres. Ha implicado el reencuentro con facetas de mi historia personal que ni siquiera recordaba que existían y que me generan el sentimiento de haber ido dejando retazos de ella a lo largo del texto.

DE LA

Pero la tarea no ha sido ingrata; hay en mi una enorme felicidad al saber que en la reconsideración de las relaciones madre hija y de las relaciones entre las mujeres en general, existe un gran potencial sanador de las profundas heridas que implica, en la mayor parte de los casos, la construcción de una identidad femenina en esta sociedad patriarcal.

SOLIDARIDAD

Antes de comenzar, quisiera manifestar que me eximo del debate epistemológico (Fernández,1993) que se encuentra presupuesto en los

ENTRE MUJERES

**ANGELA MARIA
ESTRADA**

Psicóloga. Magister en investigación y tecnología educativa. Candidata a doctorado en filosofía Pontificia Universidad Javeriana. Directora del programa de maestría en psicología comunitaria, facultad de psicología, Pontificia Universidad Javeriana. Miembro del Grupo Mujer y Sociedad, Universidad Nacional de Colombia.

planteamientos que voy a exponer a continuación; quedan, por tanto, múltiples implícitos, de los cuales quisiera destacar al menos dos:

De un lado, un proceso de aclaración crítica sobre las categorías inmanentes con las cuales se delimita, dentro de las distintas teorías psicológicas, aquello que puede ser pensado y lo que queda invisibilizado (aquello que se ha denominado como regímenes de verdad).

De otro lado, también quedan implícitas, distintas líneas de deconstrucción con las cuales lo invisibilizado se hace visible. Particularmente, de cara al tema que nos ocupa, el tratamiento que las distintas teorías psicológicas hacen de la diferencia como **lo otro** que no puede ser comprendido en su especificidad, sino jerarquizándolo desde **lo mismo** que se autoerige como la norma, constituye una línea deconstructiva imprescindible.

Lo anterior implica que ciertas premisas-verdad que comportan las distintas teorías psicológicas, hayan sido puestas en cuestión, sin que por ello se rechacen cuerpos teóricos completos, ya que en la perspectiva desde la cual se trabaja, las teorías son adoptadas **como cajas de herramientas**, las cuales no implican una adhesión sistémica y dogmática a ninguna de ellas.

Vicisitudes y destino actual de las relaciones madre hija

La ausencia de registro simbólico en las relaciones madre hija o la temprana horfandad femenina.

Dentro de la literatura especializada (Librería de Mujeres de Milán, 1987. Irigaray, 1992), la ausencia de una simbólica cultural que reconozca y registre la relación madre hija, es ya un problema relativamente bien planteado.

De hecho, contamos con estudios tales como el de Graciela Ferreira (1989), sobre el tratamiento que los cuentos de hadas le dan al problema. Ella afirma:

...Las mujeres en estos cuentos son condenadas a las peores condiciones de vida y a las tareas más abyectas. No tienen ni identidad ni méritos, salvo los domésticos. Ninguna descuella por la inteligencia. Sólo por su perseverancia, paciencia y sacrificio por otros. No tienen madres que las cuiden, guíen y amen. Son perseguidas por otras mujeres malas, madrastras, hermanas, hermanastras odiosas o brujas. Al fin son salvadas por hombres desconocidos que nunca cometen maldades ni equivocaciones. Son fuertes, valientes y bellos. Son príncipes. (p.238)

Existe un guión básico en la mayoría de los cuentos de hadas en lo que hace a las relaciones madre hija: la niña tenía una buena madre (protectora, nutricia, afectuosa, solidaria) pero por desgracia la perdió tempranamente y ahora se encuentra a merced de una mujer muy mala y poderosa, quien está dispuesta a infligirle todos los vejámenes posibles con tal de rebajar su dignidad y aprovecharse de su dasvalía. La niña aprende tempranamente (con su padre) a pagar culpas que no le corresponden, desarrollando actitudes tales como el sacrificio, la entrega resignada y la fidelidad, las cuales le serán indispensables cuando se case. (Ferreira, 1989)

Otros registros culturales significativos, tales como la iconografía religiosa, también contribuyen a la construcción del vacío simbólico de las relaciones madre hija: María porta a Jesús en brazos y esa parece ser la relación significativa. La cultura deja huérfanas de reconocimiento a las mujeres, mediante la articulación de textos y formas simbólicas que penetran **como fantasías y fantasmas** la estructuración de la personalidad femenina: de un lado los cuentos alimentan vanas ilusiones de espera mágica para toda la vida y la iconografía religiosa, al igual que otros

REHACIENDO SABERES

metarelatos culturales, desconocen cualquier importancia a la mujer, como no sea a la madre y a la madre perfecta (María como el ideal imposible de alcanzar).

La prescripción científica de la separación madre hija.

Los cuentos de hadas no son el único discurso desde el cual la separación madre hija obtiene legitimación: en efecto, los discursos científicos **principalmente los psicológicos** postulan la necesidad de la separación madre hija, como condición para la salud mental de la joven. Se espera de la madre una renuncia en favor de la independencia de su hija y contrario a lo que se considera su deseo de fusión (la metáfora de la *madre devoradora* no sólo es espeluznante, sino seguramente injusta, al basarse en casos individuales).

La separación de la madre, se propone, en el caso de los hombres, como camino para la construcción de la masculinidad: una masculinidad, como se sabe, fincada sobre el miedo a la homosexualidad y basada en la idea de no ser mujer, lo cual conduce a los hombres a evitar todo lo femenino en ellos (la ternura, el reconocimiento de la interdependencia, etc.). (Badinter, 1992).

De otro lado, la separación de la madre, en el caso de las mujeres, se propone como el camino para alcanzar una adecuada configuración de su rol sexual adulto y como compañera de un hombre (Debold y otras, 1993).

Según lo afirman Debold y otras (1993). **vivimos en un mundo donde culpar a las madres es el camino hacia la salud y hacia la adaptación positiva a la sociedad.** Ellas mismas afirman:

Aparentemente, enfadarnos con nuestras madres, en lugar de trabajar nuestros sentimientos de la infancia para resolverlos en forma adulta, se supone que es una cura, pero

una cura que deja la relación del presente entre la madre y la hija atrapada para siempre en los sentimientos del pasado. (p.52)

En nuestra sociedad se culpa a las madres con demasiada facilidad. Aunque es cierto que las madres ejercemos nuestro poder como tales, entre otras cosas debido a que se trata del poder que proviene del único deseo que legítimamente nos es permitido a las mujeres, el deseo del hijo (como se sabe, otros deseos como el erótico, el de poder o saber, no le son permitidos, Burín, 1989) entre nosotros, la sobreidealización de la figura materna, a niveles casi folklóricos, conduce a que su poder se sobredimensione y que la crítica social sobre éste se centre principalmente en las deficiencias de sujetos individuales. Afirman Debold y otras (1993):

...El juicio condenatorio al que se ha sometido a las madres en la literatura psicológica ha sido tan hostil, tan masivo, tan indiferenciado y tan poco conciente de los límites reales del poder de una madre o de su contexto que imposibilita una evaluación justa de sus responsabilidades reales. (p.52).

Son varias las consecuencias que se encuentran asociadas a la separación de la madre:

- en el caso de los varones, principalmente en la primera infancia, no entienden que **independientemente de cómo se comporten, jamás serán una madre o una chica** (Debold y otras, 1993) y en el acto de separarse de todo lo que signifique mamá, terminan expulsando de sí todas sus dimensiones femeninas.

- en el caso de las niñas, la separación madre hija, implica básicamente una traición, ya que el tipo de distanciamiento que la madre realiza respecto de la mujer joven conduce no sólo a que ésta piense que ya no puede confiar del todo en su madre (y por extensión en ninguna mujer), sino que mediante tal proceso la joven se ve abocada a resolver su problema individualmente.

Tal solución llega por la vía de un hombre a través de cuya relación la mujer joven trata de huír de su madre, quedando atrapada en una relación que la mayor parte de las veces la hace dependiente y la confina al aislamiento. (Debold y otras, 1993)

Son varias las investigaciones (Lerner, 1986)¹ que nos muestran cómo, la desunión entre las mujeres sirve a intereses ideológicos, convirtiéndose en un dispositivo de reproducción cultural, que garantiza el sometimiento femenino a la lógica masculina; en palabras de Debold y otras, (1993):

...El patriarcado subsiste manteniendo a las mujeres divididas, empujándolas a que compitan entre sí. Esta desunión femenina es un espejo de la separación de las madres y las hijas,



una necesidad impuesta por la mentira básica de la psicología evolutiva y el patriarcado. (p.46)

Solamente en la medida en que *otras voces* se han hecho oír, frente al discurso legitimado de carácter patriarcal, se ha hecho evidente la necesidad humana básica de intimidad y vínculo, sin los cuales, la autonomía, no puede lograrse.

La herencia moderna dentro de la cual surge la noción de autonomía va a configurar uno de los *a-priori* históricos que juegan un papel definitivo en la prescripción del abandono: para la modernidad, autonomía significa romper con todo vínculo que limite o distorsione la libre aplicación del juicio (Estrada, 1995).

Se debe a Carol Gilligan (1982), la sensata distinción entre autonomía y ruptura, pues la evidencia de la interdependencia (intersubjetividad) humana como la condición cultural para la construcción tanto de identidades personales como de órdenes morales, impide hacer sinónimos tales conceptos.

Contrario a la idea moderna, la autonomía deberá resignificarse en términos de la capacidad para formular proyectos personales y para autodirigir su realización de manera responsable. Tal proceso ocurre dentro de relaciones vinculares que crean la red de soporte social dentro de la cual los seres humanos somos reconocidos como tales.

La idea de la separación de los lazos emocionales en general, y de la madre en particular, como condición para alcanzar la salud mental adulta, parece, desde el punto de vista teórico, un imposible y desde el punto de vista práctico una insensatez. En todo caso, implica tanto para el varón como para la mujer, la pérdida de dimensiones importantes de su propia personalidad.

¹ Son múltiples las nociones que en este trabajo quedan presupuestas y sin posibilidad de aclararse. Considero indispensable, sin embargo, incluir aquí una mínima definición de la noción de patriarcado: "...manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los niños de la familia y la ampliación de ese dominio masculino sobre las mujeres a la sociedad en general." (Lerner, 1986, p.340). No se trata de que a las mujeres se les desconozcan todos sus derechos, sino principalmente al hecho de estar inscritas en un orden sometido al control simbólico masculino.

REHACIENDO SABERES

El encuentro de dos crisis en el contexto equivocado.

Afortunadamente contamos con trabajos clínicos en el campo de la salud mental de las mujeres así como con el florecimiento de modelos alternativos para la psicoterapia femenina y familiar² los cuales nos ofrecen herramientas de tratamiento conceptual de la temática, con la base empírica necesaria para superar la construcción de meros discursos ideologizantes.

La separación en la relación madre hija se dirime en el entrecruzamiento de sus propias crisis -la de edad madura y la de la adolescencia-

- La crisis de la madre, denominada en la literatura especializada como el *síndrome del nido vacío* (Burin, 1991), se puede caracterizar como una reacción de extrañamiento ante la finalización del proyecto de maternidad. Uno podría afirmar que se trata de la constatación de los estrechos límites y de la falta de autoridad que encarna, en la práctica el rol materno, el cual deja a la mujer adulta en la estacada, a la mitad de la vida, en cuanto a su proyecto vital se refiere.

- La crisis de la joven constituye la primera y más profunda vivencia de extrañamiento en el proceso de construcción de la identidad femenina. De un lado, se ve forzada a la separación con su madre, lo cual, en la mayoría de los casos no desea, pero que la madre realiza comenzando a desconectarse sutilmente, toda vez que cree en lo que pronostican las teorías del desarrollo. Aquí se encuentra el núcleo de la traición: la entrega de la hija por la madre al sistema patriarcal. En tal entre, dimensiones vitales de la personalidad de la joven, articuladas a la progresiva configuración de un sujeto deseante, deben ser eliminadas, para

ajustarse a la de ser objeto del deseo otro, prescrita por el patriarcado como la estructura propia (y necesaria) del esquema de amor romántico.

De otro lado, la joven se enfrenta no sólo a los discursos -culturalmente legitimados- sobre la identidad femenina y particularmente sobre el destino de las mujeres adultas, sino también a la confrontación con expectativas y juicios que desvalorizan su ser femenino. La extrañación proviene de la disonancia entre el conocimiento y la experiencia subjetiva de la joven y la ideología patriarcal encarnada para ella en quienes la rodean.

Así pues, la mujer joven se ve enfrentada a la resolución de tal disonancia en la cual se encuentran en contienda la cultura y su subjetividad. Debold y otras, (1993) caracterizan tal enfrentamiento en los siguientes términos:

La mente intenta arreglárselas empujándonos dentro de la cárcel de la perfección, y entonces emerge un monólogo de nuestro interior: No puede ser que el mundo entero esté equivocado; lo que pasa es que sencillamente no soy lo bastante buena, no soy perfecta, si lo fuera, todo iría bien. (p.58)

Viene entonces la búsqueda de formas de protección: las mujeres reinterpretan toda su experiencia anterior. Para sentirse menos agobiada, la joven desconecta pensamiento y sentimiento, memoria y conciencia, experiencia subjetiva y conocimiento objetivo de la realidad. (Debold y otras, 1993):

Aquello de lo que [la joven] se ha desconectado, todo lo que se ha negado a saber, todavía permanece en su mente pero lo ignora, no quiere saberlo, porque ese conocimiento parece

² Aunque en el contexto de este trabajo es imposible enfrentar el enfoque patriarcal de la salud mental femenina, vale la pena mencionar que, trabajos clínicos recientes muestran cómo no sólo el modelo de salud mental adulta es masculino, sino que, por eso mismo, postula una psicopatología femenina inmanente a su identidad. (Ferreira, 1989. Burin, 1989, 1991).

demasiado peligroso para el nuevo *yo* que la joven desarrolla durante la adolescencia para poder sobre-vivir y tener éxito en el mundo. (Ibid., p.84)

El camino hacia la vida adulta aísla a la mujer, no sólo del resto de las mujeres, sino de su experiencia pasada, conduciéndola por un camino cuesta abajo, en el cual no está segura de nada y que se manifiesta en el frecuente *no se* de las jóvenes. El reinterpretar permanentemente la experiencia anterior, como mecanismo de sobrevivencia en la cultura patriarcal³, así como la disociación que tiene lugar en su interior, prepara el terreno para las patologías femeninas de la vida adulta.

La Reconstrucción de la solidaridad femenina comporta un potencial transformador de la cultura desde el empoderamiento femenino

Son varias las alternativas de búsqueda que se vienen desarrollando, tanto dentro los grupos académicos de Estudios de la Mujer, como dentro de grupos pertenecientes al Movimiento Social de Mujeres. Todas ellas intentan recuperar la posibilidad de estructurar formas alternativas de identidad y de interacción femeninas, desde la idea de la diferencia, la cual anima la recuperación tanto de la historia de las mujeres, como del género. Veamos al menos dos de ellas:

- Existe una noción que ha sido desarrollada al interior de los grupos de mujeres italianos, que quisiera ofrecer a manera de conclusión; se trata de la noción de *affidamento*, (Muraro, 1992) la cual alude al reconocimiento de la madre en la otra, a quien se le reconoce autoridad (entendida como potencial y fuerza y no como poder), apoyándose en ella como palanca para la liberación de los propios deseos (p. 56).

Se trata ante todo de representar la relación femenina mediante el símbolo de la fuerza materna, pero enfatizando una práctica de la diferencia, donde la relación con la madre se vuelve *par-lante*. La relación con la madre real o simbólica, comienza a estar atravesada por la palabra, por el reconocimiento mutuo de las historias y los proyectos.

- De otro lado, en el Centro de Políticas Alternativas de Harvard, se vienen adelantando procesos de ayuda mutua a través de los cuales se busca superar la *falla generacional* de las relaciones madre hija. En efecto, se trata de desarrollar alternativas para que las madres y las hijas pongan en común su historia y encuentren caminos para recuperar la integridad personal.

A través de las relaciones madres hijas, las mujeres comienzan a encontrar alternativas de apoyo para resolver su vida cotidiana, sin que se vean abocadas a resolver su modo de vida a través de la dependencia respecto de un hombre, la ruptura con las mujeres y la consecuente pérdida de integridad.

En ambos casos, la prescripción patriarcal de ruptura con la madre real, es puesta en cuestión, a través de la elaboración de los sentimientos infantiles respecto de ella y aceptando su existencia en nuestra personalidad, recuperando para cada una la fuerza de esa relación, que la mayoría de las mujeres anhelamos. La pregunta que aparece con frecuencia en los grupos de mujeres, no es cómo hemos logrado separarnos de nuestras madres, sino, por el contrario, cómo hemos logrado mantenernos unidas.

El vínculo con la madre, recuperado críticamente, *apalabrado*, permite reconstruir un modo primigenio de solidaridad mediante el cual, la traición de la entrega a la sociedad

3 Aunque no es el tema del presente trabajo, es posible afirmar que también la masculinidad prescrita por el control patriarcal se encuentra en crisis, principalmente debido a dos razones: (a) las transformaciones que se vienen dando en la identidad y los roles femeninos imponen un desajuste necesario a la identidad y los roles masculinos. (b) son varios los hombres de las nuevas generaciones que manifiestan cansancio frente al ejercicio de una masculinidad caracterizada por imposibilidad de expresión de debilidad, por la actuación de una sexualidad frente a una mujer pasivizada y el ejercicio casi exclusivo del rol de proveedor.

REHACIENDO SABERES

patriarcal, de la hija por la madre, contribuyendo a la pérdida de ciertas dimensiones de la personalidad femenina, ya no sea necesaria. Esto en primer término, conduce al reconocimiento mutuo en tanto mujeres con un identidad sexuada, que han creado un ligamen que las fortalece en una búsqueda que comparten y legitiman.

La complicidad femenina en la realización de los múltiples deseos, incluyendo el del poder en el espacio público **ojalá en una perspectiva alternativa a la masculina**, permite la apertura a la diferencia, en el modo de multiplicidad de alternativas para la articulación de proyectos de identidad, que no impongan a la mujer joven, la obligación de lesionar su integridad: la complicidad se basa en la capacidad materna para asistir como testigo y apoyar a la hija en la realización de sus deseos (así no sean de su total agrado).

En este proceso de recuperación de las relaciones madre hija, donde muchas logran resolver el anhelo de reconciliarse a su madre real⁴, las mujeres alcanzan niveles de empoderamiento; es decir: (a) logran recuperar las dimensiones de su historia que creían perdidas (las interpretaciones abandonadas en la juventud) y con cuya fuerza pueden comenzar a construir alternativas de resistencia frente a una cultura que amenaza su integridad, y, (b) toman conciencia sobre el imperativo de mantener la propia vida bajo el control personal, independiente de que se tenga o no relaciones amorosas estables (amar no es entregar la autonomía a la decisión de otro). La recuperación de la solidaridad entre mujeres aparece, en el sentir de muchas/os investigadoras/es, como la condición para la recuperación, tanto de las relaciones entre hombres y mujeres, como de la transformación de las posibilidades de convivencia, tan amenazadas hoy por el individualismo y la violencia.

La solidaridad femenina, en tanto que desarrollo de estrategias de unión y acción conjuntas, parten de un proceso en que los padres (no la madre de manera exclusiva pero sí necesariamente) contribuyan a una reinterpretación de la experiencia de la niña y la joven (tanto de las relaciones cotidianas, como la del acceso a los medios masivos de comunicación), a la luz del sexismo: una lectura donde las mujeres encuentren explicaciones al punto de vista patriarcal sobre lo femenino y tomen conciencia sobre la necesidad de elaborar identidades alternativas a las sustentadas culturalmente (las cuales las pasivizan y lesionan).

Las propuestas anteriores se ve enormemente favorecidas por el acceso de las mujeres, y por qué no, también de los hombres, a la historia de las mujeres, proceso en el que vienen empeñadas las historiadoras feministas en las últimas tres décadas y que contribuye no sólo a comprender de manera más objetiva la presencia de las mujeres en la construcción y desarrollo de la cultura, sino que en sí mismo, el reconocimiento de tal presencia, tiene un poder curativo, en la medida en que restablece la posibilidad de la integridad de la identidad femenina e invita a la reconstrucción de alternativas de convivencia.

- Finalmente, la recuperación crítica y simbólica de la fuerza propia de la relación materna, como alternativa para reconstruir las posibilidades de interacción femenina al interior de organizaciones de mujeres, ofrece un potencial político innegable. En efecto, tal modelo interpretativo de la dinámica de las relaciones femeninas, contribuye al mejoramiento y profundización de las relaciones entre mujeres, las cuales hoy en día tienden a ser enfrentadas, con cierto voluntarismo, como si la mera conciencia sobre la problemática, condujera automáticamente a su superación.

4 En otros casos sólo es posible recuperar a la madre simbólica, pero ello provee la fuerza necesaria para crecer personalmente.

En el sentido anteriormente señalado, los grupos de ayuda mutua (o de autoconciencia) no deberían considerarse como un momento en el proceso histórico del feminismo, sino un espacio indispensable y permanente para la reconstrucción de la fuerza potencial de la interacción femenina y la solución de la falla generacional de las relaciones entre mujeres.

En tal sentido, se hace necesario contar con un modelo interactivo del cual partir en este proceso. Esbozo a continuación una propuesta,

a partir de los tres preceptos para recuperar el contacto en la comunidad de mujeres de Carol Gilligan (citada por Debold y otras, 1993: (a) reconocer la niña necesitada de vínculo profundo que hay en toda mujer, (b) tomar conciencia crítica y ejercer estrategias de autocontrol, sobre las actitudes y las acciones competitivas propias de nuestros patrones de interacción personales, y, (c) promover los modos de acoger afectivamente a las demás mediante un trata-miento fuertemente afectivo y el reconocimiento de las diferencias y de la potencialidades personales.

BIBLIOGRAFÍA

BADINTER, Elisabeth (1992). *XY, La identidad masculina*. Bogotá, Norma.

BURIN, Mabel (1988). *Familia y Subjetividad Femenina: la madre y su hija adolescente*. EN: GIBERTI, Eva & FERNANDEZ, Ana María. *La Mujer y la Violencia Invisible*. Buenos Aires, Sudamericana.

BURIN, Mabel (1991). *El Malestar de las Mujeres. la Tranquilidad Recetada*. México, Paidós.

DEBOLD, Elizabeth. WILSON, Marie & MALAVÉ, Idelisse (1993). *La revolución en las relaciones madre hija*. Barcelona, Paidós.

ECCLES, J.; ADLER, T. & KACZALA, C. (1982). *Socialization of Achievement Attitudes and Beliefs: Parental Influences*. *Child Development*. 53, 310-321.

ESTRADA MESA, Angela María (1995). *La reserva moral femenina frente al fortalecimiento de la sociedad civil*. EN: *Debates en Psicología*. Santafé de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Psicología, No. 1, pp. 63-72

FERREIRA, Graciela (1989). *La Mujer Maltratada. Un Estudio sobre las Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica*. Buenos Aires, Sudamericana.

FERNANDEZ, Ana María (1993). *La Mujer de la Ilusión*. Buenos Aires, Paidós.

GILLIGAN, Carol (1982). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México, F.C.E.

IRIGARAY, Luce. *Yo, Tu, Nosotras*. Madrid, Cátedra, 1992.

LERNER, Gerda (1986). *La Creación del Patriarcado*. Barcelona, Crítica.

LIBRERIA DE MUJERES DE MILAN (1987). *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*. España, Horas y horas.

MURARO, Luisa (1992). *Sobre la Autoridad Femenina*. EN: BIRULES, FINA & Otras. *Filosofía y Género. Identidades Femeninas*. España, Pimiela.
